



Interior de la Iglesia de S. Roman en Toledo.

Entre los monumentos curiosos que encierra la pintoresca ciudad de Toledo, merece sin duda alguna fijar la atención del observador el templo de que hoy vamos á ocuparnos.

Sin dilucidar la cuestión de la época en que se construyó, y sin meternos en averiguar la verdad que pueda tener la cita histórica de Mariana, debemos dejar consignado que la tradición le considera como una de las mas antiguas parroquias de la metrópoli.

Todos los indicios hacen creer, según afirma el erudito literato Sr. Amador de los Ríos, que su fundación data del siglo XIII ó fines del XII.

Varias restauraciones ha sufrido este monumento, según puede observarse á su simple vista; pero á pesar del sello que en él han dejado impreso, nadie desconoce en su arquitectura el estilo árabe.

Así lo indica su planta y la forma de los arcos que aun se conservan, á pesar de haber perdido estos la mayor parte de sus adornos, y hasta algunos la forma de herradura.

La Iglesia consta de tres naves, siendo dignos de notarse los

arcos que en número de cuatro la dan el aspecto que representa el grabado que precede á estas líneas.

Están estos sostenidos en pilastras de preciosa moldura sobre las cuales se asientan cariátides.

En los cuatro frentes y en igual número de medallones están representados los evangelistas.

El arco próximo al altar mayor ostenta todos los arabescos orientales, hábilmente combinados, formando delicioso adorno.

La media naranja, reputada como una joya de la arquitectura plateresca, consta de varios florones bien tallados, y está rodeada de un friso precioso.

El retablo mayor, obra del renacimiento, se compone de dos cuerpos de arquitectura, con varios medallones de escultura y pintura: en ellos se ven dos personajes que se supone ser los fundadores, y detrás S. Gerónimo y S. Juan Bautista.

Los demas representan varios asuntos de la vida de Jesucristo, acabando estos cuerpos laterales con dos escudos de armas y que deben ser los de las casas de los fundadores.

Los cuerpos del centro pertenecen al orden dórico, jónico y

27 DE ENERO DE 1856.

corintios, compuestos de cuatro columnas y adornados con estatuas de los apóstoles.

En los extremos del retablo hay seis figuras en sus correspondientes nichos; estando exornado el zócalo sobre que asientan, de cuatro relieves representando los cuatro evangelistas.

Al lado de la epístola del altar hay una estatua de la Virgen notable por la antigüedad de su ruda construcción.

La capilla mayor está alumbrada por dos claraboyas y dos ventanas.

También son dignos de mención los dos retablos de las segundas naves, de orden jónico, varias pinturas y diversos enterramientos, con infinidad de memorias sepulcrales.

La torre del templo pertenece al género árabe y se compone de tres cuerpos.

IMPRESIONES DE VIAJE Á LISBOA Y SUS CONTORNOS.

El campo de Lisboa.

Pocas ciudades podrán envanecerse tanto como la metrópoli de Portugal en punto á situación, abundancia y pureza de aguas; benignidad de clima, feracidad de suelo y fijeza de temperatura en cada una de las estaciones del año. Pocas reunirán tantas y tan favorables circunstancias, tal cúmulo de apropiadas condiciones; ofreciendo, cual ofrece Lisboa, una vegetación vigorosa, robusta y lozana, que ostenta las mas bellas galas de la naturaleza en sus árboles de las tierras cálidas y en sus plantas de las tierras frías, haciendo germinar á los unos y á las otras con tal fuerza y pujanza, cual si brotasen en el país mismo en donde por siglos vivieron espontáneos y agrestes, derramados acá y allá por la mano del supremo autor del universo.

Las encinas umbrosas de Europa, las erguidas palmeras del Asia, los naranjos y limoneros del Africa y los acopados castaños del Nuevo Mundo cruzan recíprocamente sus troncos, mezclan sus ramas, sus flores y frutos en aquel terreno que sirve á todos de madre común, y que abriga con solicitud igualmente tierna á los hijos que vinieron de apartadas regiones á nutrirse de la propia sustancia.

Es cosa de ver en aquellas quebraduras y torrentes, á la falda de las apacibles colinas que sustentan á la vieja Lisboa, y en mitad de los valles risueños que la ciñen de verdor y fragancia, cómo se destacan agrupados los bosquecillos espesos contra las macizas paredes de los barrios antiguos, y cómo las flores mas bellas tornan sus cálizos al sol naciente, que vibrando sus rayos de oro á través de una atmósfera de purísimo azul, reviste á los palacios de los magnates y á los amenos suburbios de las cercanías de un colorido imposible de concebir por los habitantes de los climas del Norte.

Estas poblaciones que rodean á Lisboa (dice un veraz escritor), están llenas de casas de campo de *Fidalgos* portugueses y de ricos habitantes de la capital, edificadas aquellas frecuentemente con el mejor gusto, cercadas de agradables jardines, prestan á los arrabales de Lisboa un encanto especial, que entre todas las capitales de Europa apenas puede reproducir Viena, aunque de una manera pálida y fría; porque faltan á las márgenes del Danubio el brillo meridional, el azul oscuro del cielo lusitano, y aquel esplendor de la naturaleza semejante al de un montón de piedras preciosas de todos colores. Para un morador de las comarcas septentrionales es objeto de la mayor sorpresa ver allí medrar libremente y con robustez á todas las plantas, que merced al trabajo y á costa de mil cuidados se cultivan en otros países en tiestos mezquinos dentro de estufas de reducida extensión. Las mas hermosas magnolias,.... cargadas de flores brotan al aire libre; el *Gervanium* del Cabo, todas las especies del *Cereus* americano,.... y la *Mesembryanthema* trepa á lo largo de los muros y los cubre con espeso follaje,.... Las plantas mas singulares se encuentran en todas las quintas; pero veladas misteriosamente á los ojos del público, segun la costumbre verdaderamente morisca, tras de

altas murallas armadas de cascos de vidrio, que estorban la entrada á los visitantes á quienes no se convida.

Estos muros dan una apariencia triste y medio oriental á muchos caminos de las cercanías de la ciudad y de los arrabales, que se cruzan en todas direcciones. Corre peligro cualquiera de extraviarse en ellos y de andar horas enteras sin descubrir otra cosa que el color parduzco de la mamposería y alguna que otra puerta, cuidadosamente cerrada,.... Las quintas de los individuos de la clase media tienen grande extensión, y en ellas se procura mejor lo crecido del producto que la venta del recreo, á pesar de que son necesariamente bellas en una tierra en que los naranjos y las vides sustituyen á nuestras plantaciones de patatas. Regularmente hay un pabellón ó casa de campo, edificado dentro de la hacienda, y entonces recibe todo el nombre de *quinta*. El idioma portugués tiene muchos vocablos para expresar la palabra alemana *garten*. Los terrenos labrados que se encuentran en la parte posterior de las habitações se llaman *quintas*; los que tienen un destino especial se nombran *jardins*, y *hortas* aquellos en que se cultivan hortalizas y están, ó abiertas del todo, ó débilmente cercadas de vallados.

No puede pintarse el aspecto del campo de Lisboa con mayor exactitud que lo hace el escritor de quien hemos tomado los antecedentes pasajes; y todas las observaciones de nuestra excursión de 1845 se avienen perfectamente con las del ilustre viajero, coincidiendo aun mas todavía nuestra opinión con la suya, cuando recordamos la elegante casa de campo del señor marqués de *Fronteira*. El palacio está edificado al gusto italiano, y tiene una apariencia exterior muy agradable. El jardín dispuesto con extremada elegancia, segun el antiguo gusto francés, realza el valor de la quinta y se comunica con ella por medio de gradierías espaciosas, desde las cuales se domina un grande estanque de mármol, rodeado de estatuas y grupos mitológicos, grutas y otros mil objetos naturales y artísticos que contribuyen al solaz y contentamiento del rico señor de la hacienda. En ella merecen ser examinados bajo el aspecto histórico unos bustos de los reyes de Portugal, y el relieve del comedor, que representa en tamaño natural la figura ecuestre de *D. Pedro de Mascarenhas* (último prior de Crato, que no descendía de familia real), cuyo nombre se ostenta entre los respetables abuelos del noble marqués.

Frente á esta quinta se halla la de S. A. R. la señora infanta doña Isabel María, regenta que fué del reino de Portugal después de la muerte de D. Juan VI. Vive allí la ilustre princesa, y en la tarde en que visitamos este ameno retiro, acababa de salir de él en compañía de su augusta sobrina la reina doña María de la Gloria, cuyos carruajes habíamos visto en la puerta principal de la quinta á tiempo que nos dirigíamos á la del marqués de *Fronteira* en las primeras horas de aquella misma tarde.

El palacio de la señora infanta es de sencilla arquitectura. Lo embellecen frondosos bosquecillos, largas calles de arrayanes cortados cuidadosamente, trazando caprichosas labores, y ofrece un excelente punto de vista entre todos los de aquella risueña mansión el cenador que asienta por cima de la graciosa cascada. Doña Isabel se complace en criar melancólicas tórtolas é inocentes palomas dentro de espaciosos viveros; y es cosa muy grata escuchar en aquella plácida soledad el dulce arrullo de las pobres avejillas, que armoniza con las impresiones que siente el viajero al cruzar en silencio las sombrías alamedas del jardín de la infanta ex-regente.

Era una magnífica tarde del mes de mayo cuando visitamos la quinta. El viento dormía entre las copas de los árboles; el sol matizaba de color de naranja las nubes de Poniente, esparcidas como una gasa fantástica á través de sus últimos rayos: el ruiseñor, saltando de rama en rama á orillas de un manso arroyuelo, cantaba con voz argentina sus querellas y sus amores. Aspirábamos una atmósfera cargada de deliciosos perfumes; y el reposo de la naturaleza, la ausencia de la sociedad, del bullicio y de esa agitación febril que constituye la vida de las grandes ciudades, fueron sumergiendo á nuestra alma en una especie de ar-

robamiento beatífico, en medio del cual flotaban ante la preocupada fantasía cien imágenes de seres vaporosos y transparentes ostentando un brillo sobrenatural y la mas radiante belleza. Gozábamos de una felicidad, para nosotros desconocida hasta entonces, cuando hé aquí que todos aquellos agradables objetos se apartaron con violencia á derecha é izquierda, de la manera misma que rompe y separa el recio soplo del huracan una gruesa columna de humo, é hicieron lugar al mas espantoso endriago que pudiera vomitar el averno. Soñad, amables lectores, dos piernas con honores de ojiva, y por cima de esta ojiva una jiba envuelta en el primer frac verde que usó D. Juan VI antes de su expedicion al Brasil: poned sobre el cuello del frac una cabeza disforme, jaspeada de rojo y violado, hendida como el cráter de un volcan para hacer espacio á la boca, mostrando á sus costados dos orejas del tamaño de las pantallas de chimenea; y mirad por último, si á ello os atreveis, entre dos ojos de rana la nariz-promontorio que se destaca fuera de su base, como esos peñascos horribles que avanzan sobre los abismos del mar y sirven de sepulcral monumento al náufrago infeliz en noche borrascosa.

Tal nos pareció, como lo hemos descrito, el venerable conserje de la quinta de doña Isabel, y tal se mostrará al curioso en medio de los cenadores, descansos y merenderos, cada vez que recorra la hermosa finca de S. A. R. Diríase que la exquisita prevision de aquella ilustre dama ha querido colocar en derredor de tantas perfecciones naturales y artísticas una deformidad visible á los ojos de todos, para producir ese efecto que se obtiene siempre cuando se recurre á la ley de las compensaciones en el orden moral, ó á la fuerza del claro oscuro en el orden físico. Diríase que ganosa la augusta infanta de realzar su sexo á costa del nuestro, ofrece en la persona del horrendo fauno de aquella selva encantada la antítesis mayor que puede existir entre el macho y la hembra del género humano. Diríase, en fin, que tuvo en memoria la noble princesa al pueblo de Roma, cuando en la fastuosa ceremonia del Triunfo colocaba un esclavo en la carroza del vencedor, para que este no se cegara con homenajes casi divinos, y recordase siempre que era hombre y nada mas que hombre. De la propia manera doña Isabel María, cada vez que recorra los apartados retiros de su preciosa morada, cada vez que esté á punto de enorgullecerse, meditando en la cumplida felicidad de su vida apacible, sin sombra de pesar, sin tempestad de pasiones y sin borrascas del corazon, llamará en nombre de una cristiana filosofía al conserje simbólico, cuya extraña y nunca vista catadura parecerá decir con voz muda, pero elocuente. ¡Acuérdate que eres mortal!...

Viniendo de Bemfica á Lisboa se pasa por *Quintella*, á la que llaman tambien *As Laranjeiras*; y es la posesion magnífica de su especie que admiran los extranjeros, cuando recorren las frondosas campiñas de la metrópoli lusitana. Se ve á la izquierda del camino una gran puerta de entrada con verja de hierro, la cual flanquean dos baluartes que sostienen la coronacion del frontispicio y en ella una Q colossal, emblema del título del fundador y tambien de la quinta. El rico banquero, *baron de Quintella*, padre del conde de Farrobo, actual poseedor, fué quien dió su nombre á este pródigo. En su recinto no echará cosa alguna de menos, el que nutrido en las costumbres de la sociedad distinguida, ame con ardor los placeres y sienta las necesidades de la vida *confortable* de nuestros tiempos, que apellidamos un tanto epicureos, si el lector no há por enojo que le anunciemos lo que ya sabe. Parques hermosos, extendidos jardines, confuso y bien trazado laberinto, artificiales montañas, templetos que dominan el paisaje, lagunas de verdes márgenes rústicos puentes, y en una palabra, todo lo que el buen gusto y la riqueza de un dueño ilustrado saben reunir sobre un terreno favorecido por la mano de Dios; otro tanto se halla en la quinta *Das Laranjeiras*. El obelisco dedicado á las víctimas de la guerra de la independencia contra Napoleon es un pensamiento patriótico de noble y sencilla estructura. El cortijo inglés (*Cottage*) cubierto interiormente de cristales y revestido por defuera de un aspecto agreste, que caracterizan mejor todavia las breñas, matorrales y

espeso arbolado de los contornos, predispone al espíritu á la meditación de la naturaleza primitiva antes de tocar á sus puertas; pero en pasando el umbral la rapidez de las nuevas impresiones y la viveza del contraste nos elevan de un golpe desde lo positivo á lo fantástico, de lo material y terreno á lo vaporoso é ideal.

En mitad de los jardines se halla la casa de fieras, con hermosos tigres, panteras y un leon de grande tamaño. Los invenculos son de un gusto caprichoso, y están levantados á mucha costa, revestidos de magníficas portadas de mármol y cubiertos de cristales de varios colores. Los principales son tres, que contienen flores rarísimas, perfectamente conservadas. Hay uno que se destina exclusivamente á la aclimatacion de las piñas de América, de modo que se reproducen con grande abundancia.

Pero lo que muestra mejor la opulencia y el refinado gusto del propietario es el hermoso palacio donde habita cuando reside en la quinta, los salones de baile y descanso donde ofrece placeres continuos á sus numerosos amigos, y mas que todo el precioso teatro con su pórtico de piedra, sus columnas, pedestales y esfinges, digno templo del arte, en el cual da á menudo funciones líricas y dramáticas, formando sus criados la orquesta, merced á la extraordinaria afición y á los crecidos gastos del conde, que no perdona medio alguno á trueque de obtener tan sorprendente resultado.

Hariamos interminable este artículo si quisieramos describir una á una las preciosas moradas campestres que poseen para su solaz y recreo los ricos habitantes de la corte portuguesa, mas entendida en achaque de goces y contentamientos de lo que piensan sus vecinos peninsulares. Fuerza será, por lo tanto, que regresemos á Lisboa y que echemos una ojeada rápida á los principales paseos en donde ostentan sus gracias las bellas lusitanas, que comienzan á salir poco á poco de sus impenetrables retiros, arrastradas por el espíritu del siglo XIX, siglo exigente y torcido, que hace respetar sus menores caprichos en la Europa entera con tal donaire y desembarazo como el niño mimado que reina y gobierna despóticamente en el hogar doméstico, convirtiendo sus importunidades en gracias, sus antojos en leyes, y sus desacordados y necios desvarios en otros tantos preceptos que se apresuran á obedecer humildemente todos los miembros de la familia.

Detrás del *Teatro Nuevo* y á corta distancia de la *Plaza del Rocio*, se halla el paseo de este nombre, al que llaman tambien *Paseo Real*, y su aspecto no guarda la debida armonía con el campo vecino, porque si bien es aquel frondoso y ameno, no deja por ello de imprimir en la frente del extranjero que lo visita por primera vez un leve tinte de melancolía, debido al efecto que producen sus compactas y oscuras alamedas, á lo llano del espacio que ocupan, á la falta de horizonte por donde dilatar la vista, á la circunstancia de no estar sus calles bordadas de flores, y á la reprehensible costumbre de cerrar sus verjas al toque de oraciones, dejando reclusos á los distraídos (en cuyo número tuvimos el honor de contarnos) que no escuchan el toque de cierta campana destinada á evacuar el paseo en la mejor ocasion de gozarlo.

Llamó nuestra atencion el escaso número de asientos que existen en el *Rocio*, y tambien las fuentes, que son de razonable estructura con figuras esculpidas por artistas portugueses, no muy severos á la verdad en la correccion del dibujo, ni en dar movimiento y expresion á sus concepciones, un tanto pesadas y frias.

Aunque menos frecuentado del público es infinitamente mas bello el paseo de *S. Pedro de Alcántara*, que si mal no recordamos, fue construido en tiempo del Emperador, cuyo nombre lleva, sobre un terreno abandonado que domina á la mayor parte de la ciudad y sus cercanías. Bastara esta condicion solamente para ofrecer magníficos puntos de vista que causan al viajero las sensaciones mas gratas, cuando al fijar sus ojos en las colinas y en los valles que sirven de lecho á Lisboa, abarca de un golpe el encantador panorama que describimos en el artículo 2.º del presente viaje. Pero la traza misma de los parterres de *S. Pedro de Alcántara*, la variedad de sus yerbas cortadas por la mano de entendidos jardineros, la visualidad y fragancia de sus plantas y

flores le señalan también el primer lugar entre los sitios públicos de campestre recreo que exornan el interior de la corte vecina.

Antes de soltar la pluma que hemos tomado gustosamente para describir el campo de Lisboa, queremos recomendar al curioso que visite el *Cementerio protestante*, erigido á fines del último siglo por un privilegio especial que se otorgó á los ingleses; y le aconsejamos también que dé una vuelta por el *Campo Santo*, creado por D. Pedro, duque de Braganza, á los principios del reinado de doña María su hija. Hallará el viandante en el primero algunos monumentos apreciables y el esmerado arreglo de los jardines ingleses. Contemplará la tumba del poeta *Fielding*, y se conmovirá al leer este conciso

epitafio. *Luget Britannia gremio non dari fovere natum.*

En el segundo nada verá mas notable que el nombre mismo de aquel triste recinto, singular en verdad, pues le apellidan *Cementerio de los placeres* á causa de llevar este título de tiempo atrás una quinta cercana.

Tanto en el uno como en el otro podrá el cristiano filósofo entregarse á meditaciones profundas sobre la inestabilidad de las cosas humanas, y para ello le damos nuestra licencia de buen talante, á condicion de escuchar despues la sabrosa lectura que le ofrecemos en el artículo próximo, en el cual se dirá lo que ha de ver, quien tuviere paciencia para examinarle.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.



LA SEÑORA ESCONDIDA.

A poca distancia de las ricas minas de Chunhuhu y de Ytsimpe, en el Yucatan (India), se eleva la ciudad de Balonchen. Su nombre derivado de la lengua *maya* hablada, desde tiempo inmemorial, en estas regiones tan poco visitadas, signi-

fica los *nueve pozos*. Porque efectivamente la población que es bastante numerosa y que habita las áridas y secas regiones á que aludimos, se surte del agua que de esos pozos se saca.

Nadie recuerda la época en que por primera vez fueron des-

cubiertos; su gran antigüedad es innegable como la prueban las varias ciudades en ruinas que cubren la comarca.

El mayor cuidado, el mayor esmero presiden al fomento de estos nueve pozos, porque siendo los únicos manantiales de donde se surte la población de Balonchen, su buen entretenimiento es indispensable.

Pero esta vigilancia no basta: por uno de esos misterios de la naturaleza tan frecuentes, suele faltarles el agua seis ó siete meses del año.

Entonces los naturales del país tienen que acudir para buscar ese elemento, tan necesario á la vida, á una media legua de la población.

En ese sitio el misterio crece.

El pozo de donde hay que sacarla y que no es ninguno de los nueve de que tenemos hablado, es una gruta imponente.

Como en todos los pueblos primitivos una tradición se une á esa gruta misteriosa.

Es una debilidad agradable y poética.

Quizás tiene todos sus fundamentos de verdad; en casi todas las tradiciones la hay.

El nombre de la gruta es español, esto no es nuevo en la India, ni chocará á nuestros lectores.

Se llama la *Señora escondida*, y es tal como la representa el grabado que precede á estas líneas.

La tradición es poética.

Una muchacha linda y constante en amores se había prendado de un indio de aquellos pueblos primitivos y que hoy no ofrecen mas que el desconsolador espectáculo de unas ruinas.

El indio, á juicio de la madre de la muchacha, no merecía el amor de su hija.

Esto es europeo, muchas de esas leyendas tenemos por acá.

Lo cual prueba que en todas partes hay mamás terribles y niñas enamoradas.

El caso es que la niña huía de su casa para ver y esperar á su amante.

Pero la madre vigilaba y el sitio de la cita tenía que variarse todos los días.

Las madres indias son terribles.

En una de aquellas variaciones la niña se extendió hasta la gruta.

Aquel sitio era conveniente.

Una mañana la muchacha esperaba, su amante no venía.

La curiosidad de mujer se despertó en esta y penetró en la cueva misteriosa.

Insensiblemente se halló sumergida en un dedalo de galerías formadas por gigantescas estalactitas, tan iguales unas á otras que la salida era imposible.

Su amante vino y no la halló.

Oyó voces en la gruta y al llamarla creyó que le contestaba.

El miedo se apoderó de él, y huyó á contar el suceso á su semi-suegra.

Mil pesquisas se hicieron, la *Señora* siguió *escondida*.

Solo se oyen aun los ecos de sus lamentos.

Que no echen en olvido las madres españolas la moraleja que de este castigo impuesto á una niña desobediente puede sacarse.

El caso es, que los que en la cueva penetraron, hallaron un rico y abundante pozo de agua potable.

Hoy subsiste aun.

Para penetrar en las profundidades de doscientos pies de la gruta se necesitan antorchas.

Varios viajeros movidos por la curiosidad la han visitado.

Sus relaciones están conformes con las de los indígenas del país.

Hay que penetrar por unos escalones toscamente labrados por mano de la naturaleza, después de los cuales se baja por unos troncos de árbol sin pulimentar á una profundidad de noventa, pies.

De tronco á tronco hay bastante distancia.

Mil catástrofes se cuentan de resultados de estas expediciones tan peligrosas como necesarias.

En el fondo de la caverna después de haber bajado los referidos escalones, las monstruosas estalactitas de piedra y el contorno del inmenso pozo hecho de sillería hábilmente combinada, despiertan el recuerdo de las ruinas que se ven en las inmediaciones.

Así al menos lo ha descrito la ciencia despojándolo de su misterio y de su poesía.

Este pozo, según sus observaciones, debía surtir de agua á los habitantes de la comarca, como lo prueba su gigantesca construcción, en la que se descubre la mano del hombre mas utilitaria que la de la naturaleza.

Es tanto mas creíble esto, cuanto que la gruta da paso á unas galerías de torcida figura que guían á la fuente natural que lleva sus aguas á los nueve pozos antes descritos.

El estado en que hoy se encuentra hace sospechar como indudable que las ciudades antiguas hoy en ruinas debieron perecer por una de esas catástrofes tan frecuentes en la naturaleza.

Pero esta explicación, aunque satisface, no quita nada á la tradición de la *Señora escondida*, cuyo nombre lleva esta gruta.

Los amores de la niña y el indio pueden ser también verdad.

La ira de la madre es creíble.

El castigo puede ser impuesto á la desobediencia.

Como se cuenta, lo he contado.

Créalo el que quiera.

LUIS DE CASTRO.

MI VUELTA AL MUNDO.

Podrá ser que los antiguos suscritores del SEMANARIO PINTORESCO recuerden que desde el año de gracia de 1848 hasta el no menos gracioso año de 1852, cinco años poco mas ó menos, existió un ciudadano articulista que firmaba con el mismo nombre y apellido que ha de suscribir este artículo, y que el mencionado ciudadano tenía la humorada de entretenerlos ó cansarlos con cuentos de viejas, novelas, articulejos de costumbres y alguna que otra poesía inculta, para demostrar que era ambidestro y que lo mismo manejaba el verso que la prosa. Podrá ser también que hayan pensado en la repentina desaparición del ya referido ciudadano, y hasta podría ser que hubieran sentido su pérdida, como se siente la de un juguete que nos ha entretenido algun tiempo. Si recuerdan lo uno, si han pensado y sentido lo otro, yo les doy las mas cordiales gracias, les saludo con la familiaridad de un amigo antiguo, íntimo y cariñoso, les anuncio mi resurrección, no al tercer día, como dice el Credo, sino al cuarto año, como es verdad, y me preparo á seguir con ellos las amistosas relaciones que mantuvimos largo tiempo sin ruidos ni desavenencias.

Yo tendría muchísimo placer en empezar mi nueva vida dándoles minuciosa cuenta de todo lo que me ha pasado durante el larguísimo período de tres años y algunos meses; pero yo tengo la desgracia de hacer pocas veces mi gusto, aunque no siempre haga el ajeno, y en vez de contar á mis lectores lo muchísimo que me ha pasado, me contentaré con decirles que no puedo ser expansivo, que mi secreto no me pertenece, porque es el secreto de otros, que me resigno á callar hoy, como he callado tantas veces, aunque muchas de ellas hubiera debido hablar alto para escarmiento de los pícaros y los hipócritas, que tanto abundan por desgracia, y para enseñanza de tontos, que tampoco faltan en el mundo. Pero en vez de tocar clarines y de publicar mi infausta ó fausta historia de tres años, me contentaré con envolverla cuidadosamente en una tela de araña, digno crespon de tal matrona, y la enterraré con el sudario que la corresponde de derecho, como se entierran los caballeros con los mantos de las órdenes que los adornaron cuando vivos.

Cualquiera que lea este preámbulo creará que me han sucedido grandes cosas y que me las callo muy buenas; pero el que tal crea se engaña lastimosamente, porque no me ha sucedido nunca nada, ó lo que es lo mismo, soy la negación de los sucesos. ¿Y cómo había de suceder cosa alguna á un hombre que tiene la

arraigada opinion de que no sucede nada en el mundo? El mundo á mis ojos es una gran jaula de locos, cada loco tiene su manía, y convierte en hechos consumados los momentáneos extravíos de su imaginacion enferma. Cuando en esta jaula existe una sola individualidad que ve las cosas por el prisma de determinada manía, cuenta lo que ve con la energía de la mas profunda conviccion; pero nadie le da entero crédito, porque no encuentra ni un solo loco que atestigüe su dicho; pero cuando veinte, ciento, mil ó un millon ven las cosas por el mismo prisma, tienen una sola manía, lo que sucede con frecuencia, como se apoyan mutuamente, como predicán el error, creyendo decir la verdad, y es muy difícil rechazar lo que tantos cuentan á la vez, todos los demas locos dan crédito á la mentira proclamada por un millon de bocas, y pasan por hechos consumados livianas imaginaciones de cerebros faltos de seso. Por eso en la jaula de locos, que vulgarmente se llama mundo, se dan por ciertas tantas cosas que no han pasado en realidad.

Esta aprision universal, esta ridícula manía de dar por hechos consumados las mas falaces imaginaciones, los mas caprichosos delirios, no deja de ser utilísima para entretenimiento de un mundo que por lo comun se fastidia. Si se suprimen los soñadores, si se reducen los delirios á la categoría de ensueños, si no se permite hablar de lo falso como probable y de lo dudoso como cierto, será necesario suprimir la sociabilidad humana, cuyo alimento cotidiano consiste en la amable murmuracion. Para murmurar hoy, mañana, pasado mañana, siempre y siempre, es preciso tener á mano un gran tesoro de sucesos, y cuanto mayor es la carencia de realidades, mas se pone en juego la ficcion. La imaginacion mas fecunda no puede inventar un dia y otro lo necesario para el uso de sus especiales consumidores, y forzosamente se dedica á reunir, corregir y aumentar los cien millones de invenciones que otras imaginaciones forjan, cien millones de chismes ó engaños que se enganchan como los turbillones de Descartes, para formar el revuelto mundo del error.

Antes de ausentarme del mundo, ó lo que es lo mismo, de dejar de escribir en el SEMANARIO, tenia yo, como algunos otros, mi buena dosis de fé humana, creía que no me engañaban los ojos acerca de los objetos que veian, que habia dicho el principe Talleyrand una blasfemia al sostener que Dios habia dado al hombre la palabra para disfrazar el pensamiento; estaba persuadido de que sucedian muchas cosas, y, antes de hablar ó de escribir, procuraba siempre distinguir lo verdadero de lo falso. Esta fé humana, bella creacion de mi locura, hija quizás de una organizacion defectuosa, me daba un impropio trabajo, porque me habia empeñado en decir la verdad y siempre la verdad, ya me concretara á la expresion de los sentimientos de mi alma, ó ya me extendiera á la apreciacion de otros sentimientos ó á la consignacion de los que yo entonces creía hechos ciertos y consumados. Pero una vez libre de esta fé, de esta falsa antorcha que en vez de luz extendia nieblas; enteramente persuadido de que forma el prisma del mundo una imaginacion universal, caprichosa y calenturienta; voy á escribir con notable desembarazo, no creyéndome responsable de los engaños que produzca, supuesto que he dicho muy alto que todo es mentira y delirio.

Lectoras jóvenes y amables, ufanas con la persuasion de la belleza y el talento que el prisma de la locura humana os ha dado; vosotras que estais persuadidas de vuestros encantos, del irresistible poder que sobre los hombres ejercen y de las violentas pasiones que no pueden menos de inspirar; preparaos á leer las historias de amor mas seductoras que podais forjar en vuestros sueños; porque voy á ser un soñador que no deje que desear á los mas ardientes soñadores. Como Diógenes con su linterna iba en busca de su hombre, yo voy á ir en busca de aventuras contadas y sin meterme á averiguar si me engañan ó no me engañan, si son verdaderas ó fingidas, las voy á trasladar al papel, exornándolas cuanto pueda para que parezcan mas bonitas. Yo prometo de hoy en adelante no procurar leer bajo el antifaz de la virtud las páginas que haya escrito el vicio, y lejos de creer despreciable á la traidora hipocresía, la tomaré como un adorno de la sociedad en que vivimos, y la llamaré sin rodeos una gran virtud,

la enemiga irreconciliable del escándalo, la hermana mayor de la prudencia. Si en mis artículos anteriores habeis leído algunas páginas inspiradas por la fé, destellos del mas profundo sentimiento, hijas legítimas de una verdadera pasion, olvidadlas por amor mio, porque os van á parecer frias, descoloridas, insoportables en comparacion de las páginas calorosas, entonadas y verdaderamente encantadoras que voy á escribir para contaros pasiones que no son pasiones, sino transacciones comerciales, sentimientos que son hojarasca, y creencias que no son la duda porque llegan á la negacion de la fé.

Amabilísimas lectoras, el mundo real, si es que hay algo real en el mundo, es nada en comparacion del mundo ideal, del mundo de las apariencias, del mundo de la hipocresía, del mundo que ha formado el delirio, la mala fé y la locura universal. No podia yo haber vuelto al mundo á mejor tiempo. Ya estamos tocando con la punta del pie, tocarlo con la mano seria expuesto, al bullicioso Carnaval, y por consiguiente es la mejor época del año para entrar con resolucion y con banderas desplegadas en el mundo de farsa que los locos del mundo han creado. A propósito del Carnaval. Yo quisiera saber ¿para qué se ponen las gentes mascarillas en este tiempo, para darse bromas y engañarse, cuando durante todo el año se están engañando sin careta? Yo creo, y es una opinion mia, que el Carnaval dura todo el año, y que le época de menos farsa es la que se llama Carnaval, porque en este tiempo las gentes tienen la cortesía de avisarse que están dispuestas á engañar, razon para que engañen menos, y en lo demas del año engañan sin este previo aviso, y naturalmente engañan mas.

Después de lo que llevo dicho todo el mundo comprenderá que debe cambiar radicalmente mi antiguo modo de escribir, y que mi vuelta al mundo debe señalar el segundo período de mi existencia literaria. Mis lectores tienen el indisputable derecho de preguntarme si al presentarme de nuevo en la palestra vengo abastecido de mejor ó de peor humor, si pretendo hacerles reir ó si traigo la pérdida intencion de hacerles llorar, aunque sea á golpes. Tranquilícense mis lectores. Yo vuelvo al mundo con el mas delicioso humor que puede tener el animal llamado hombre: vuelvo resuelto á hacerles reir á carcajadas, y tan es esta mi intencion, que he escrito el artículo titulado MI VUELTA AL MUNDO para que empiencen por reirse de la incomprensible locura de su afectísimo seguro servidor

JUAN DE ARIZA.

CAUSAS CÉLEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

Y no era lo peor *no verla*, sino que el aire triste y severo de la jóven me habia impuesto de tal modo, que no me atrevia á hablarla.

Sin embargo, pasados algunos minutos, la hice aquellas primeras preguntas *de cajon*, que inquietan poco á poco la intimidad entre los viajeros.

- ¿Va V. bien?
- ¿Se dirige V. á Málaga?
- ¿Viene V. de Granada?
- ¿Le ha gustado á V. la Alhambra?
- ¡Está la noche húmeda!

A lo que respondió ella.

—Gracias.

—Sí.

—No señor.

—¡Oh!

—¡Oh!

—¡Phs!

Seguramente la joven tenia poca gana de hablar.

Yo me dediqué á coordinar mejores preguntas, y viendo que no se me ocurrían, me puse á reflexionar.

¿Por qué habia subido aquella mujer en el primer parador y no desde Granada?

¿Por qué iba sola?

¿Era casada?

¿Era viuda?

¿Era.....

¿Y su tristeza? ¿Cuál era su causa?

Sin ser indiscreto, no podia hallar la solucion de estas cuestiones, y la joven me gustaba demasiado para que yo no temiese parecerla un hombre vulgar.

¡Como deseaba que amaneciese!

De día se habla con mas libertad.

La conversacion á oscuras tiene algo de tacto, habla al bulto, ruboriza, hace pensar.

La desconocida no durmió en toda la noche, segun deduje de su respiracion y de los suspiros que se le iban de vez en cuando.

Creo inútil decir que yo no pude coger el sueño.

—¿Está V. indispuesta? la pregunté una de las veces que se quejó.

—No señor; gracias. Ruego á V. que se duerma descuidado, respondió con seria afabilidad.

—¡Dormirme! exclamé.

Luego añadí.

—Creí que sufría V.....

—¡Oh! no..... yo no sufro, murmuró blandamente; pero con un acento en que llegué á percibir cierta amargura.

Pasó el resto de la noche en diálogos como el anterior.

Al amanecer, la ví.

¡Qué hermosa era!

¡Pero siempre el vestigio del dolor sobre su frente!

Sus bellos ojos tenían una mirada profunda é inquieta que revelaba la agitacion de su alma.

Algo de grande y angustioso habia en aquella vida.

Y, sin embargo, no era una de esas mujeres excepcionales, misantrópicas, que viven lejos del mundo devorando algun pesar.

Era una mujer de moda, una elegante mujer, de porte distinguido, cuyo menor movimiento dejaba traslucir una de esas reinas de la conversacion, cuyo trono es una butaca próxima á una chimenea, un palco en la ópera ó una carretela; una de esas mujeres, en fin, que callan lejos de su elemento brillante y fascinador, á la manera de ciertos pájaros que solo cantan en las noches de luna.

Con la llegada del día se alegró algo la encantadora viajera, y ya fuese que mi circunspeccion de aquella noche ó la gravedad de mi fisonomia le inspirasen una buena idea de mi individuo, ya fuera que quisiese ser algo amable con un hombre que no habia dormido por su causa, ello es que inició por su parte las cuestiones de ordenanza.

—¿Dónde va V?

—¡Va á hacer buen día!

—¡Qué hermoso paisaje!

A lo que yo respondí algo mas extensamente que ella.

Almorzamos en el Colmenar.

Los viajeros de la berlina y de la rotonda eran personas de poco trato.

La joven se redujo á hablar conmigo.

Yo estaba enteramente consagrado á ella.

De vuelta al coche nos tratábamos ya con alguna confianza.

En la mesa habíamos hablado de Madrid, y hablar bien de Madrid á una madrileña que se halla lejos de la corte, es la mejor de las recomendaciones.

Porque nada es tan seductor como Madrid perdido.

—He aquí la mía, me dije entonces: quedan ocho leguas. Abordemos la cuestion amorosa.

IV.

SAN JUAN DE ACRE.

¡Desventurado! No bien dije una palabra galante á la desconocida, pareció que habia puesto el dedo en una herida dolorosa.

En un momento retrocedí todo lo que habia adelantado en su corazon.

Una mirada indefinible cortó la voz en mis labios.

—Gracias, señor, gracias, me dijo al ver que abandonaba aquella cuestion.

—¿He enojado á V., señora?....

—Sí, el amor me horroriza. ¡Qué triste es inspirar lo que no se siente! ¿Qué haria yo para no agradar á nadie?

—Bien vé V., repuse, que no es culpa mia: verla á V., señora, es amarla: vivir con V. un día, es enloquecer: perderla dentro de cinco horas, será morir. Yo me arrepiento de haber hecho este viaje. Yo vivia tranquilo..... Yo la adoro á V. ya..... ¡Sin esperanza!

—Tiene V. un consuelo, amigo mio.

—¿Cuál?

—Que si no admito el amor de V. no es por ser suyo, sino porque es amor. Podeis, pues, convenceros de que ni hoy, ni mañana, ni nunca obtendrá otro hombre la correspondencia que os niego. Yo no amaré jamás.

—¿Por qué, señora?

—Porque el corazon no quiere, porque no puede, porque no debe luchar mas: porque he amado hasta el delirio..... y he sido engañada. Porque tengo bastante orgullo para ahogar con él todos los sentimientos de mi alma..... Porque aborrezco el amor, en fin.

¡Magnífico discurso! Yo no estaba enamorado de aquella mujer ni mucho menos. Yo hubiera estado soberbio de su conquista. Yo tenia curiosidad de ella. Significábame una aventura y nada mas. La codiciaba como á un hermoso objeto.

Su repulsa me contrariaba; pero no me heria.

Así, pues, al escuchar aquellas notabilísimas palabras, cesó en mí el amor de hombre y empezó el de artista. Acabó mi deseo y principió mi curiosidad.

—¡Tipo! exclamé para mí: estudiémosle.

Y dejando á un lado mi papel de Tenorio, adopté el de Balzac, el de fisiólogo.

Estas transiciones son en mí muy frecuentes.

Mi compañera, luego que me vió tan formal y filosófico, se hizo mas comunicativa.

Sus ideas se reducian á aborrecer el amor, los hombres, la vida y el cielo: creíase sin corazon; amaba locamente el opio y no podia escuchar una nota de música.

Mi admiracion rayaba en frenesí.

Estaba en frente de una creacion de Shakespeare.....

Y mi rutinaria elocuencia del siglo XIX se le hacia imposible derretir aquel hielo de desengaños.

Y mi novelesca imaginacion se le hacia muy duro perder de vista aquel ente tan poético.

Así llegamos á Málaga.

Era el instante mas oportuno para saber el nombre de mi desconocida.

Al despedirme de ella en el parador, la dije mi nombre, la casa donde iba á parar y mis señas en Madrid.

Ella me contestó con un tono que nunca olvidaré.

—Caballero, doy á V. las gracias por la amabilidad y fineza que ha empleado conmigo durante el viaje, y le suplico que me dispense si le oculto mi nombre en vez de engañarle con uno fingido, como he hecho en la administracion al pedir el billete.

—¡Ah! respondí: ¡Luego nunca volveremos á vernos!

—Nunca, y esto no debe pesarle. He conocido que aun soy lo bastante desgraciada para inspirar alguna simpatía, y no quiero lacerar el corazon de V. —Quizás V. es literato; quizás le seduce mi extraña aparicion; acaso piensa seguirme..... yo le ruego que continúe digno de mi aprecio y de mi consideracion.

(Continuad.)

DÉCIMAS con que concluye la loa titulada Derechos póstumos, que se representó en el teatro del Príncipe el día 17 del corriente, aniversario del nacimiento de D. Pedro Calderon de la Barca, escrita en honor de aquel esclarecido ingenio por el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch.

D. ANTONIO DE GUZMAN.

Señores, una vejez
os damos por novedad;
ninguno ha visto en mi edad
funcion como esta otra vez.
A un ingenio de alta prez
rendimos veneracion:
la benévola atencion
de tanta dama y galan
implora el viejo Guzman
para el viejo Calderon.

D. JULIAN ROMEA.

¡Vive Dios que pudo ser!
exclama en *La vida es sueño*
Segismundo, que hace empeño
de reinar por su querer.
Calderon dijo al poner
esa frase donde estaza
«Rey ¡vive Dios! me alzaré
de la escena Segismundo;»—

y ¡vive Dios, grita el mundo,
que lo fué, lo es y será!

D. JOAQUIN ARJONA.

Si está seguro un joyero
de una pieza de valor,
se la enseña al comprador
sin alabarla primero.
Joya ilustre considero,
que deja á muchas atrás,
la que á ver, público, vas:
mostrémosla pues aquí:
hable Calderon por sí;
que no necesita mas.

Doña TEODORA LAMADRID.

Asegúrase del Duende
(yo en verdad ninguno he visto)
que es ente que por lo listo
se sale con lo que emprende.
Por si hasta mí no se extiende
tan dichosa propiedad,
con la indulgencia escuchad
que es del entendido prenda,
y lo que falte á la *Duenda*
súplalo vuestra bondad.

PELIGROS DE MADRID.



Al volver una esquina.